



Fiesta de Jesucristo Sacerdote 2011

La Palabra de Dios proclamada en esta fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote pone en íntima relación el sacerdocio con el sacrificio y la expiación de los pecados, así como con el culto y la reconciliación.

La carta a los Hebreos nos ha recordado que *“Cristo ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio”*. En este sacrificio se cumple la profecía de Isaías acerca del siervo: *“el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes”*; y él *“tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores”*. El texto mismo expresa que el Siervo asume libremente la carga que Dios ha puesto sobre él. Esta obediencia a la voluntad de Dios la ha visto realizada la carta a los Hebreos desde el inicio de la Encarnación del Hijo, que manifiesta en dialogo con el Padre: *“Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo. No aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije...Aquí estoy, Oh Dios, para hacer tu voluntad”* (Hb 10,5; cf Sal 40,7). *“Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados”*. Esta es la ofrenda de la que Jesús ha dicho: *“Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros”*... *“Esta copa es la nueva alianza, sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros”*.

En estos textos ha hallado reflejo la convicción de la Iglesia naciente, bajo la guía del Espíritu Santo, sobre la novedad del sacrificio de la cruz, que representa el final de los sacrificios del templo de Jerusalén. Ya en los Salmos se había manifestado que Dios no quería ser glorificado mediante los sacrificios de toros y machos cabríos, cuya sangre no puede purificar al hombre ni expiar por él. El nuevo culto desde entonces anhelado, se hizo realidad en la cruz de Jesús. El Cordero de Dios cargó sobre sí el pecado del mundo y lo ha quitado de en medio. La relación de Dios con el mundo fue así renovada; el mundo obtuvo la expiación del pecado y recibió de Dios la reconciliación. Según la declaración de san Pablo: *“Dios mismo estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados”* (2 Cor 5, 19).

Hablar de expiación del pecado no implica la afirmación de una exigencia infinita de un Dios cruel para los hombres. Todo lo contrario. El correcto planteamiento de la cuestión tiene como punto de partida el reconocimiento de la existencia real del mal, que no puede ser sólo ignorada, sino que debe ser suprimida. Y es Dios mismo quien, en lugar de exigir al hombre algo imposible, se hace él mismo expiación y en su Hijo toma el sufrimiento humano sobre sí. Con amor incondicional, bebe el cáliz del sufrimiento causado por el pecado y, como Cordero de Dios, quita el pecado del mundo, de una vez para siempre.



Al hacerse hombre, el Hijo de Dios hace posible una forma nueva de obediencia a Dios que va más allá del cumplimiento de los mandamientos y llega a devolver a Dios toda la humanidad. Sólo el Verbo hecho carne ha obedecido de forma perfecta a Dios y ha llevado su amor a plenitud en la entrega en la cruz. Esta obediencia por amor es el nuevo sacrificio que nos incluye a todos en la nueva alianza sellada con la sangre de Cristo. Nuestra desobediencia es anulada por su amor.

El sacrificio de la obediencia en la cruz implica para Jesús y para los discípulos una nueva realidad existencial del sacrificio y del culto, que expresa con toda claridad san Pablo en la carta a los Romanos: *Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios; este será vuestro culto espiritual*” (12,1). El culto será el abandono de toda la existencia en Dios; la configuración de toda la existencia a semejanza de Dios, impregnada por su Palabra y en entrega como ofrenda permanente a Él.

En palabras de Benedicto XVI, “el culto verdadero es el hombre vivo que se ha convertido completamente en respuesta a Dios, modelado por su Palabra sanadora y transformadora. Y el verdadero sacerdocio, por tanto, es ese ministerio de la Palabra y el Sacramento que transforma a los hombres en una entrega a Dios y convierte el cosmos en una alabanza al Creador y Redentor. Por eso, el Cristo que se ofrece a sí mismo en la cruz es el auténtico Sumo Sacerdote... El don que Él hace de sí mismo -su obediencia que nos acoge a todos nosotros y nos devuelve a Dios- es, pues, el verdadero culto, el verdadero sacrificio. Por este motivo, el entrar en el misterio de la cruz ha de estar en el centro del ministerio apostólico y del anuncio del Evangelio que conduce a la fe. Por consiguiente, si bien podemos ver el centro del culto cristiano en la celebración de la Eucaristía, en la participación, nueva cada vez, en el misterio sacerdotal de Jesucristo, hay que tener siempre presente, sin embargo, toda su magnitud: su finalidad es atraer constantemente a cada persona y al mundo dentro del amor de Cristo, de modo que todos lleguen a ser, junto con Él, una ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo (Rom 15,16)”. (Jesús de Nazaret II, 277-8).

Queridos hermanos: Hoy confesamos con alegría y en acción de gracias que Jesucristo es el sumo y único sacerdote. Él ha ofrecido por los pecados el sacrificio único, perfecto e irrepetible de su vida, cuya eficacia redentora perdura para siempre jamás. Sentado a la derecha del Padre intercede con sus llagas gloriosas por aquellos que a lo largo de los tiempos van siendo consagrados, mientras llega el tiempo de la consumación final, en el que todos los poderes contrarios del cielo y de la tierra le sean sometidos.

Nuestro sacerdote glorificado y santificador da fundamento firme a la esperanza de los fieles, porque nos hace posible acercarnos a él con corazón sincero y purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en el agua pura del bautismo. Siguiéndole por el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros en su carne, tenemos acceso a la gloria de Dios.



Por nuestra parte, los presbíteros hemos recibido el mandato explícito de Jesús de hacer presente en su memoria el acto único e irrepetible de la entrega de su cuerpo por nosotros y del derramamiento de su sangre de la nueva alianza para el perdón de los pecados. De esta manera nos ha asociado, por libre elección de amor, a la perpetuación sacramental del sacrificio redentor y a la prolongación de su principal presencia real con nosotros hasta el final de los siglos.

En esta fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote actualizamos sobre todo la unión de toda nuestra existencia a Jesucristo Sacerdote. Hemos sido consagrados por el Espíritu Santo para hacer de nuestra vida una ofrenda de salvación asociada al sacrificio de Jesucristo en la cruz. Así hemos de continuar realizando el encargo de ser pastores del rebaño que él adquirió con su sangre.

La capacidad de ser representación sacramental de Cristo sacerdote nos obliga a los presbíteros a participar de su mismo sacrificio y a vivir realmente lo que sacramentalmente representamos. En su diálogo de despedida con sus discípulos, Jesús describió su relación con ellos como un amor de amistad. Y les aclaró: *“Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos (Jn 15, 13).* Y el evangelista Juan explica: *“En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros” (1 Jn 3,16).* **El sacerdocio de Jesús es la entrega de su vida por amor de amistad hasta el extremo con el fin de que nuestro gozo sea completo (cf Jn 15,11; 16, 24; 1 Jn 1, 4).** El sacerdocio de Jesús, así entendido, es el centro de la fe cristiana y es revelación del misterio de Dios, que es amor (1 Jn 4,

Nuestra respuesta sacerdotal a la amistad de Jesús, es dar a conocer a los hombres de nuestro tiempo lo que él nos ha enseñado sobre su Padre, el amor que nos tiene y la vida que nos ha entregado y nos ofrece cada día en la Eucaristía. Ofreciendo nuestra vida y ministerio en comunión con Cristo como un culto espiritual, nuestro sacerdocio se convierte en mediación para que el Espíritu Santo consagre a todos los fieles como pueblo sacerdotal, que presenta a su vez su existencia cristiana como un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.



Carlos López Hernández